

## Los esclavos de Aristófanes

Por Lucas Fernández Arancibia\*

En *Las Ranas*, durante una de las irrupciones del coro que tienen lugar habitualmente en las comedias de Aristófanes, se exhorta a los ciudadanos atenienses a ser precavidos en cuanto a la extensión de su libertad: en 406, con ocasión de la batalla de las Arginusas, se les ofreció a los esclavos que combatieran por el bando ateniense, no solamente la libertad, sino también la ciudadanía, una promesa excepcional en la historia política y social ateniense, como en el mundo griego en general, pero que no sería extraña en las sociedades de la época helenística o del imperio romano. Con un ejemplo tomado desde la participación ateniense en las Guerras Médicas, Aristófanes no ve con buenos ojos la promesa de las Arginusas, ya que “(...) es vergonzoso que a los que tomaron parte una vez en una batalla naval (las Arginusas) los equiparéis a los Plateenses (sic), convirtiéndolos de esclavos en señores”[1]. Claramente, los aliados de Platea fueron de gran relevancia en las guerras que los atenienses sostuvieron durante todo el siglo V y, en virtud de esa calidad, podían ser considerados ciudadanos. En cambio, la concesión expresa e inmediata de la ciudadanía a los esclavos rayaba en lo injusto si se compara con la condena de los generales atenienses que fueron sancionados por motivo de la misma batalla, bajo el probable punto de vista del poeta cómico. El llamado de atención se dirigía, finalmente, a valorar a los buenos ciudadanos y a cuidarse de los posibles advenedizos que, desde la década de los 20

del siglo V a.C. eran el blanco de los ataques de Aristófanes, partiendo por Cleón, el curtidor.

Sin embargo, en el anterior ejemplo, no se puede pasar por alto el comentario acerca de la radical transformación de los “esclavos en señores”, considerando la presencia de éstos en la mayor parte, sino en toda, la obra de Aristófanes que hasta nosotros ha llegado. No sin razón puede considerarse a la comedia clásica ateniense, protagonizada exclusivamente por Aristófanes debido a la supervivencia de sus obras, la verdadera expresión democrática del teatro de la polis ática. En sus obras no solamente se ven retratadas las instituciones propias de la democracia, como la asamblea, los litigios, los tribunales o las fiestas religiosas de la polis, sino también la cultura de esta sociedad, incluyendo aspectos de la cotidianeidad y la vida privada. Es una opinión bastante aceptada que la vida privada de los ciudadanos atenienses podía ser objeto de la fiscalización de la mirada pública, y, desde esa perspectiva, la vida cotidiana que puede entreverse en las comedias de Aristófanes otorga coordenadas significativas para el análisis de los problemas privados y públicos con los que la audiencia ateniense podría identificarse. La presencia de los esclavos, sus funciones y las diversas interacciones de los personajes con ellos, ciudadanos o no, son rasgos de gran interés en las comedias. Si las Guerras Médicas significaron la lucha por la libertad de los griegos aliados frente a un amo monárquico, el imperio persa, con un concepto opuesto de la política construido por los griegos, la vida cotidiana de los atenienses tenía en su concepto de libertad a su antítesis: los no-libres, los esclavos. La lucha por la libertad se reproducía diariamente en la polis clásica. En la sociedad esclavista ateniense, la dedicación al cultivo de los derechos ciudadanos, y la continua valoración de la libertad se realizaba frente a la posibilidad de pasar a la condición opuesta, a la esclavitud. Procederé a revisar estos aspectos cotidianos

que en la comedia clásica ateniense cobran significación desde la perspectiva a la valoración de la libertad frente a los esclavos, los esclavos de Aristófanes.

Un primer aspecto claramente visible es el trabajo de los esclavos, las ocupaciones y quehaceres que realizan, ya sea en el contexto del hogar o tras expresa petición de sus amos. En *Los Acarnienses*, un criado del poco afortunado Lámaco apela al servicio pronto de los esclavos ante la desgracia de su amo: “¡Esclavos de Lámaco! Pronto, pronto, calentad agua en un pucherillo; preparad trapos, ungüentos, lana virgen y vendas para atarle el tobillo (...)”[2]. Estrepsíades, en *Las Nubes*, al dirigirse a la casa donde se reúnen los sofistas junto con Sócrates, llama a la puerta sin esperar que otra persona que no sea un esclavo le atienda[3]. Un ejemplo claramente grosero, pero que quizá no deje de reflejar la vida de los no-libres, es la ocupación de los dos esclavos que abren *La Paz*: ambos maldicen su suerte por encontrarse limpiando letrinas. “¿No me dirá alguno de vosotros que lo sepa, dónde podré comprar una nariz sin agujeros? Porque es el más repugnante de los oficios esto de ser cocinero de un escarabajo”[4]. El escarabajo es el insecto que se alimenta de los desechos, y su posterior utilización en la misma comedia para reemplazar a los maravillosos animales míticos que pueden conducir a los mortales al cielo es una muestra de la profunda agudeza de Aristófanes, parodiando reiteradamente al trágico Eurípides, que a menudo utiliza las tradiciones líricas y míticas para ilustrar su obra. En general, el contexto rústico que se extrae de las comedias es un ambiente propicio para retratar el trabajo de los esclavos. No tiene mucho caso intentar cuantificar la cantidad de esclavos que podían desempeñarse en los campos de labranza particulares, pese a que las interpretaciones pueden diferir en este punto[5]. Parece más probable la opinión de que por más desvalido que pareciera el personaje de la comedia, como el Diceópolis de *Los Acarnienses*, no es un desheredado, un *ptokhos*, sino que más bien

posee algunos esclavos, que, de todas maneras, “tenían reservados los trabajos más duros”[6]. Lo que parece realmente cierto, y puede extraerse de las expresiones de los personajes de las comedias, es que el más modesto de los ciudadanos atenienses podía poseer varios esclavos. Éstos podían administrar parte de la propiedad rural de sus dueños, asumiendo labores de gran responsabilidad. Para el caso de las propiedades que constituían extensos campos de labranza, era preferible que el amo estuviera en posesión “de un equipo de trabajadores de condición servil bajo las órdenes de un intendente, también él frecuentemente un esclavo”[7]. Este punto es de vital importancia para revisar otra característica de los esclavos de las comedias, pues éstos aparecen muy involucrados con su amo en el *oikos*.

El esclavo Paflagonio que representa a Cleón en *Los Caballeros*, profundamente odiado por los esclavos del *demos*, que representan a los denostados generales Demóstenes y Nicias luego del asedio de Pilos en 425, intentaba complacer a su amo con regalos y viandas, a la vez que rivalizaba con los demás esclavos por su preferencia y protección. Aristófanes, sin duda, no habría escogido el ejemplo de un esclavo tan “servicial”, pese a que la metáfora y el objeto de la obra son los políticos atenienses, sino fuera porque la audiencia lograría identificar tal situación probablemente en sus propios hogares. No es menos probable que la conducta de los esclavos Demóstenes y Nicias fuese objeto de la risa y la identificación de los espectadores: se embriagan robando vino furtivamente de la casa de su amo. Asimismo, los ronquidos de los esclavos de Estrepsíades en *Las Nubes*, le molestan profundamente, y culpa al relajamiento de los lazos familiares durante la guerra del Peloponeso de esta incomodidad[8]. El esclavo de Trigeo, en *La Paz*, incluso alude a los buenos momentos que ambos pasan en una de las tantas fiestas de la Atenas democrática, en compañía de una

muchacha: “(...) ¿Es esa teoría aquella muchacha con la cual fuimos una vez al Braurón a beber y a refocilarnos?”[9]. Por otro lado, en *Lisístrata*, una de las mujeres, Calónice, intenta alentar a su compañera de asamblea tras recibir poca atención de parte de la comunidad, esbozando un sintético retrato de la vida cotidiana de la mujer ateniense: “Ya vendrán, querida: las mujeres no pueden salir tan fácilmente de casa. Una está ocupada con su marido, otra despierta a su esclavo, otra acuesta a su hijo, aquella lo lava o le da de comer”[10]. Incluso en el infernal contexto en el que se desarrolla gran parte de la acción, la cercanía entre el esclavo Jantias y su amo, el dios Diónysos, es una característica muy significativa de *Las Ranas*, lo que se evidencia no solamente en el trato entre ambos, sino también en las funciones que debe adquirir el esclavo cuando al multifacético dios se le pone difícil el panorama: llega incluso a reemplazarlo (véase *Infra*).

Los ejemplos anteriores entregan algunas coordenadas acerca de la presencia y relaciones de los esclavos en la cotidianeidad. Su inclusión en el ámbito hogareño podía incluso tener un componente religioso: “Los esclavos eran casi parte del *oikos* familiar, se incorporaban a él mediante el mismo ritual que daba la bienvenida a la novia y, con frecuencia, participaban en los sacrificios de la casa”[11]. En general, los esclavos de las comedias de Aristófanes aparecen muy ligados al *oikos* y la cotidianeidad de los atenienses, como también sus características, a riesgo de parecer exageradas, revelan la intencionalidad de diferenciar a los esclavos de los ciudadanos plenamente respetables: “(...) En Atenas, la grosería de los esclavos era proverbial”[12]. No es menor que los esclavos aparezcan involucrados en las fiestas de sus amos, o las fiestas de la ciudad que podrían parecerles más “indecorosas” a los modernos más puritanos. La alusión a los “buenos momentos” que han pasado con una muchacha del esclavo de Trigeo en *La Paz* es uno de muchos eufemismos que las ediciones

modernas de las comedias han utilizado para esconder los chistes de elevado tono que corrientemente son proferidos por los esclavos y los criados de los ciudadanos aludidos en las comedias[13]. El esclavo Jantias de *Las Ranas* aparece montado sobre un burro, donde es requerido continuamente para contar chistes de carácter más bien vulgar.

Otro elemento característico de los esclavos de las comedias es su aparente pereza, y su picardía para evadir los trabajos y las órdenes de sus amos. En *Las Avispas* Bdelicleón, preocupado por los continuos escapes de su padre debido a su verdadera adicción a los litigios de las *dikasterias*, les ordena a sus esclavos que revisen cada rincón de la casa, incluso la más mínima rendija de las puertas, para que su padre no escape, pero la respuesta del esclavo Sosias, tras asegurar que el anciano ha sido debidamente espantado para no salir, no es tan servicial como espera su amo: “Puesto que lo hemos espantado y ya no puede escapársenos furtivamente, ¿por qué no dormimos un poco?”[14]. El mismo esclavo, al comienzo de la acción, había despertado a su compañero Jantias, sin atender que él mismo estaba somnoliento a causa del vino. El esclavo Jantias de *Las Ranas* se queja continuamente de las funciones que su amo, el dios Diónysos, le encomienda. Los ejemplos pueden ser múltiples, sin embargo, no hay que dejar de considerar que las labores encomendadas a los esclavos podrían llegar a ser bastante pesadas, ya que no necesariamente pasarían por un criterio de humanidad respecto a la población servil (aunque es probable que los esclavos domésticos corrieran mejor suerte que los que estaban destinado a los trabajos en las minas o en las canteras).

Pese a los intentos de los esclavos por zafarse de las diversas funciones que les eran ordenadas, hay un aspecto del que difícilmente lograrían escaparse: la violencia física y los maltratos que sus dueños podían propinarles. En este punto, las comedias son enfáticas, y los ejemplos múltiples: “(...) no hay que subestimar la

brutalidad a la que se podía someter a los esclavos, sin exceptuar a Atenas. Tenemos noticias de ciudadanos de la democracia que apaleaban a sus sirvientes y los amenazaban con la tortura, y en la comedia clásica, uno de los recursos habituales del humor bufo consistía en propinar una zurra a los esclavos”[15]. Repasemos algunos ejemplos al respecto. En *Las Nubes*, Estrepsíades se queja de la pereza de sus esclavos, y culpa al contexto de la Guerra del Peloponeso por no permitirle darle una lección a su esclavo como es debido: “(...) Mucho tiempo ha que he oído el canto del gallo, y, sin embargo, los esclavos aún están roncando; antes no sucedía esto. Maldita sea la guerra, que me impide hasta castigar a mis esclavos”[16]. Luego, el mismo Estrepsíades reprende a su esclavo por haber encendido mal una lámpara: “¡Ay de mi! ¿Por qué has encendido una lámpara tan bebedora? Acércate para que te haga llorar”[17]. Claramente, es poco probable que lo hiciera llorar tan sólo con reprendas: Aristófanes busca significar con esa expresión la opción siempre cierta del castigo físico. En *Las Avispas*, Filocleón le recuerda al esclavo que lo sujeta para impedir su escape a los litigios que ya lo había castigado, y que, de estar libre de ataduras podría volver a hacerlo: “¿No me soltaréis bestia feroz? ¿No te acuerdas de cuando te sorprendí robando uvas y te até a un olivo y te vapuleé de lo lindo, hasta el punto que daba envidia verte?”[18]. En otro pasaje, el esclavo Jantias alude a la bendición de las tortugas por tener una protección en la espalda, luego de haber recibido un duro castigo: “¡Oh tortugas tres veces bienaventuradas! ¡Cuánto envidia la dura concha que defiende vuestro cuerpo! ¡Qué sabias y previsoras fuistéis al cubriros la espalda con un impenetrable escudo! ¡Ay, un nudoso garrote ha surcado la mía!”[19]. Este verdadero elogio es una ridiculización por parte del poeta respecto de las odas dedicadas en la lírica y la épica a motivos aparentemente más nobles, pero eso no le resta relevancia a las características del castigo que le había sido propinado al esclavo. Tal vez, el mejor

ejemplo de lo normalizada que estaba esta práctica en la sociedad ateniense es el verdadero concurso de azotes en el que participan Diónysos y su esclavo Jantias en *Las Ranas*. Éaco es el encargado de averiguar quién es el verdadero esclavo propinando golpes al azar a ambos personajes. La respuesta de Jantias al desafío de los golpes es categórica: Los invita a ver si se mueve ante los azotes. Al parecer, logra resistir mejor los golpes que su dueño, nada más y nada menos que el dios Diónysos, pese a que disimula sus gritos de dolor y sollozos con súplicas y cantos a los dioses. El esclavo, a todas luces, estaba habituado a los castigos físicos.

Sin incurrir en las exageraciones, los castigos físicos propinados a los esclavos podían significar la gran diferencia entre los ciudadanos, libres y soberanos, y los habitantes de la ciudad que no poseían dicha libertad, ni derechos políticos o civiles. “Una salvedad fundamental que estuvo en vigor durante gran parte de la Antigüedad fue que los castigos físicos, públicos o privados, se limitasen a los esclavos. Demóstenes decía con alarde retórico (...) que la mayor diferencia entre un esclavo y un hombre libre consistía en que el primero ‘responde con su cuerpo por todas las infracciones’ “[20]. Para cualquier caso en que se recurriese a los esclavos para testificar a favor o en contra de su amo en el contexto de un litigio, o cuando simplemente éstos cometieran alguna falta, como el robo o el escape, la tortura y el castigo físico estaban plenamente aceptados (pese a que, como ha observado Finley, la sociedad romana, mediante el derecho, logró institucionalizar en mayor medida esta práctica), pues, como puede afirmarlo Finley respecto a la tan descontextualizada “humanidad” de los esclavos: “(...) Si un esclavo es un objeto con alma, una no persona y pese a todo, de manera indudable, un ser humano en términos biológicos, era de esperar que los procedimientos institucionales degradasen y socavasen dicha humanidad para distinguir de esta suerte al esclavo de los seres humanos, de los que no eran



objetos”[21]. Finley ha sido claro en caracterizar al esclavo como un bien mueble, y, por sobre todo, una propiedad que, para la mayor parte de la sociedad ateniense, era de carácter privada. Debido a esta característica, no eran plenamente humanos en el sentido clásico, pues no eran ciudadanos, lo que era más estricto para el caso ateniense, pues la restricción de su ciudadanía era más férrea que en otras sociedades de la antigüedad, aunque, se produjeron excepciones.

Precisamente en este punto puedo volver al comienzo. ¿Por qué Aristófanes incluye la particular intervención del coro en *Las Ranas* haciendo alusión a la libertad y la ciudadanía otorgada a los esclavos que participaron de la batalla de las Arginusas? Para ello, se deben considerar algunas condiciones que explicarían el carácter coyuntural de la extensión de este privilegio. En casos de emergencia, el Estado podía hacer una “convocatoria” a los esclavos para contar con su participación en el ejército para una acción bélica en particular, tras lo cual se les podía prometer la libertad o, en un caso singular, la ciudadanía. En la batalla de Maratón participaron esclavos, a pesar de que las fuentes antiguas cubrieron esta situación; pese a ello, los caídos en batalla fueron sepultados por separado, en función de su calidad de ciudadano o de esclavo. Recurrir a los esclavos para que conformasen una parte significativa del contingente bélico de la polis era una decisión impulsada por la escasez de ciudadanos que pudieran entrar en batalla, o por la multiplicidad de los frentes en una guerra (como fue el caso constante de los atenienses durante la Guerra del Peloponeso). La “razón de estado” que significaba la coyuntura bélica era más que suficiente para echar mano sobre las reservas de contingente humano (o menos humano de acuerdo a los autores clásicos) disponibles en cada hogar ateniense: “(...) La declaración del estado de guerra, tanto civil como con el exterior, podía llevar a reclutar esclavos para que sirvieran

como soldados"[22]. El caso de las Arginusas, sin embargo, es mucho más significativo, debido a que sus efectos se reflejan en nuestra fuente.

Un primer elemento que se aprecia en *Las Ranas*, es la reiterada alusión a este episodio bélico y a sus consecuencias. El esclavo Jantias, al comienzo, se queja de su pesada carga, lamentando su ausencia en las Arginusas. El infernal barquero Caronte, luego de que sus servicios son solicitados por Diónysos, asegura: "No paso al esclavo, sino (sic) ha combatido en alguna batalla naval por salvar el pellejo"[23]. Jantias alude al mal estado de su vista para justificar su ausencia en la batalla, pero la decisión del barquero es indeclinable: los esclavos no pueden pasar el río por ese medio, y deben limitarse a rodearlo a pie. El malhadado Jantias expresa: "(...) ¡Qué desgraciado soy! Sin duda al salir de casa tuve algún encuentro de mal agüero"[24]. Luego, se desarrolla un episodio que seguramente causó más de alguna carcajada al público ateniense, y que para nosotros constituye una metáfora mucho más profunda que se ve confirmada por la irrupción del coro citada al comienzo (véase *supra*). Al avanzar por el Tártaro, Diónysos debe probar su valor al lograr las proezas de Heracles al retornar a la guarida de Éaco. Sin embargo, la valentía del dios no es suficiente y decide solicitarle a su esclavo, Jantias, que lo reemplace, se atavíe con la piel de león de Heracles y enfrente la furia del dueño de Cerbero. Si durante toda la comedia Jantias es retratado con características distintas a los esclavos de las otras comedias, al superar a su amo constantemente con su inteligencia y valentía, este caso no es la excepción, pues al aceptar la piel de león se autoproclama como Heracles-Jantias. El escenario adverso para Diónysos desaparece repentinamente para dar paso a la invitación de una doncella que, feliz de ver nuevamente a Heracles, manifiesta su intención de llevarlo a una sugerente fiesta, llena de doncellas. Jantias se toma su papel en serio: "Sea; vete a decir a esas bailarinas que entro al instante. Tú, muchacho (a

Diónysos), sígueme con el hato al hombro"[25]. Ante esta genial actuación de Jantias, que evoca el "mundo al revés" en una situación carnavalesca, Diónysos reclama el regreso de su papel de amo y señor, ignorando los ruegos de Jantias a los dioses clamando por la injusticia del dios. Diónysos replica: "(...) ¿Habrá necesidad e insensatez como la tuya? ¡Un esclavo, un mortal, querer pasar por hijo de Alcmena!"[26]; a lo que agrega: "¿No sería ridículo ver a Jantias, a un esclavo, tendido sobre tapices de Mileto, acariciar a una bailarina y pedirme el orinal, mientras yo le miraba rascándome, expuesto a que este bribón me soltase de un puñetazo los dientes de adelante?"[27]. El dios describe sin duda algunos detalles de las fiestas y encuentros dedicados en su honor, señalando claramente que los esclavos no pueden participar de estas ocasiones. Pese a este despojo, Diónysos da cuenta de que Heracles se había hecho más enemigos de lo presupuestado, por lo que nuevamente le solicita a Jantias que se calce la piel de león y tome, literalmente, su lugar; no logra convencerlo hasta que le otorga un último y desesperado ofrecimiento: "Vamos, ya sé que estás enfadado y no te falta razón; aunque me pegases no te replicaría. Mira, si en adelante vuelvo a quitarte estos atavíos, haga el cielo que seamos exterminados yo, mi mujer, mis hijos, toda mi casa y el legañoso Arquedemo"[28]. Jantias acepta este verdadero juramento y se vuelve a vestir con la piel de león. Al llegar con Éaco, éste busca atraparlo y castigarlo por el agravio que le causó Heracles al robar a Cerbero, a lo que Jantias le propone castigar a "su" esclavo, para ver si obtenía información que lo inculpara (véase *supra* acerca de la tortura a los esclavos para obtener información). Con esto, el torturado sería Diónysos, y su dueño, "Heracles-Jantias", renuncia a cualquier tipo de indemnización de parte de Éaco por someter a su esclavo a diversos tormentos: "(...) Átalo a una escalera, dale de palos, desuéllalo, tortúralo, échale vinagre en las narices, cárgale de ladrillos; en fin, emplea todos los medios

(...)"[29]. Diónyosos no soporta la ajustada y precisa actuación de su esclavo como su verdadero señor y reclama a Éaco su condición de dios, lo que desarrolla el contexto para que se lleve a cabo el concurso de azotes (véase *supra*) propuesto por Jantias para demostrar cuál es el verdadero dios: el que lloraba o se mostraba muy sensible a los castigos, no era el verdadero dios.

Pasaremos a explicar los elementos presentados en el texto. El hecho de que Jantias tomase el lugar de su amo Diónyosos, y que, más aún, se tratase ni más ni menos que la figura de un héroe, Heracles, no es un mero recurso humorístico, ni una alusión al pasado mítico de los griegos, sino que una metáfora acerca del lugar de los esclavos en la sociedad ateniense, y una clara alusión al omnipresente episodio de las Arginusas. Tal y como lo hicieron los esclavos que participaron de la batalla, tomando el lugar de los ciudadanos de la democracia ateniense que habitualmente bogaban en las trirremes, Jantias se transformaba en el amo de su propio señor, tomando el lugar de un ciudadano ateniense, personificado en ese momento por Diónyosos. El juramento que éste último le ofrece al esclavo sería un probable equivalente a la promesa de libertad y ciudadanía que se le otorgó a los esclavos de las Arginusas. Ya hacia el último cuarto de siglo, tanto el número de los esclavos, como su apariencia eran motivos de dificultad para lograr diferenciarlos de los verdaderos ciudadanos atenienses. "Pero los griegos no eran muy precisos en sus estimaciones del total de esclavos; si bien el censo de Demetrio de Falero, realizado entre 317-307, calcula una población de 400.000 esclavos en Atenas, los investigadores modernos consideran alta incluso la cuarta parte de esta cifra. El problema, según observa el Viejo Oligarca, es que no siempre era sencillo *advertir la diferencia entre los esclavos y el resto de habitantes de la ciudad*"[30] (las cursivas son mías)[31]. El mismo Ciccotti, si bien un verdadero pionero en el tratamiento de la esclavitud desde un punto de vista histórico y

social, se inclina por sobreestimar los números otorgados por los antiguos, como la enorme cifra otorgada por Tucídides de los esclavos que habrían huido de Atenas (más de 20.000, lo que no representa un número plausible para las condiciones demográficas de la antigüedad)[32]. Pero la cifra no es importante, si se produce el problema al que alude el Viejo Oligarca, lo que confirma el carácter de “sociedad esclavista” que le ha sido otorgado a la paradigmática sociedad ateniense[33]. Este contexto nos permitiría explicar lo significativo que sería para los atenienses ver representado el reemplazo de Jantias, y la íntima relación de cada uno de ellos con su propia condición ciudadana y, finalmente, lo que junto a los derechos políticos los diferenciaba de manera radical de sus propios esclavos: su condición libre. Podemos estar de acuerdo que en las fuentes de la Antigüedad que se refieren a los esclavos y a la esclavitud, es difícil discernir la presencia real de una “ideología de la esclavitud”[34]; tal y como se extrae de las tesis de Finley, es la heterogeneidad de la situación de los esclavos en la sociedad, y la ambigüedad de su *status* social la gran tendencia reconocible para la esclavitud en la Antigüedad, y los ejemplos de las comedias aquí revisadas no son una excepción[35]. Lo que sí puede sostenerse es que convertirse en un esclavo, significaba caer en la peor desgracia concebible, pues la propia condición humana, significada por la ciudadanía y la libertad, se cancelaba por completo. En las comedias de Aristófanes, los esclavos son continuamente tratados como “desdichados”, y un elocuente ejemplo se encuentra a nuestra disposición en las *Fiestas de Deméter* o las *Tesmoforias*, cuando Mnesíloco lamenta su mala fortuna: al ser agredido y capturado, interpela a las mujeres que lo han sorprendido disfrazado: “(...) ¡Mujeres, deplorad mi suerte con el himno de la esclavitud, y no con el del himeneo! ¡Ay, que me agobian infinitos males (...) Socórreme, autor de mis males, tú, que me rapaste primero y me enviaste después vestido de amarilla túnica al templo donde estaban reunidas las mujeres (...)”[36].

La ausencia de la cabellera de manera forzosa representaba la vergüenza de ser un esclavo.

Si no existe una clasificación o una tendencia que nos permita representar históricamente la situación de los esclavos antiguos, o incluso de la Atenas democrática en la segunda mitad del siglo V, sí se sabe que luego de las Guerras Médicas se produjo un reforzamiento de la idea de la libertad griega, un concepto que ha sido legado a la posteridad, y que se halla en la base misma del modelo de sociedad democrática moderna[37]. No es de extrañar tampoco que al crecer el poder de un *hegemon*, éste se comparase con el invasor persa, y que aquel que estuviese dispuesto a luchar contra él se proclamara como el “libertador”, o el que luchaba por la “libertad” de los griegos. Menciono esto para dar cuenta de la globalidad del concepto. Por ello, la presencia de la libertad en la sociedad griega es fundamental para el estudio y la comprensión de la esclavitud antigua. Es en oposición a los esclavos, aquellos seres que habitaban los hogares, los campos, y que se desempeñaban en toda actividad material ateniense, que se valoraba y se trabajaba arduamente en el ejercicio y el cultivo de la propia libertad. Y no se imaginaba ningún otro mundo en el que la esclavitud no existiera, ni siquiera en los fabulosos mundos que pueden aparecer en las comedias. “No es sorprendente que algunos mundos fantásticos no posean esclavos legales. Lo que es chocante para la sensibilidad moderna es que varias de las fantasías igualitarias de Aristófanes preservan la esclavitud. En *Las asambleístas*, no solamente la propiedad, sino que también las oportunidades sexuales son igualadas: por ejemplo, las mujeres viejas y poco atractivas tienen oportunidades al primer intento con los hombres jóvenes y apuestos. Pero los esclavos no se benefician de ello. Ellos aparecen en la propiedad compartida solamente siendo distribuidos: nunca más un solo hombre tendría una docena de esclavos, mientras que otro no tiene

ninguno”[38]. La libertad, representada en la ciudadanía, en los verdaderos derechos políticos, no es por lo tanto una ideología independiente, sino que se entiende también en la oposición fundamental con su contraparte, la esclavitud. Ser libre era visto como una función, un empleo de tiempo completo en el cual el ciudadano (para este caso no incluiré en el análisis a los habitantes de la ciudad que no fueran ciudadanos, pero sí hombres libres) tenía que demostrar las razones de su consideración como tal. “(...) En suma; la condición de hombre libre, en Grecia, no era segura. Era más bien algo en lo que se debía trabajar: durante toda la vida era necesario esforzarse por *mostrarse libre*, evitando los trabajos ‘propios de esclavos’, sus relaciones y comportamientos, y evitando, incluso, ser esclavo del deseo” (las cursivas son mías)[39]. En *Los Acarnienses*, el megarense que llega al mercado, claramente empobrecido por los abusos de los atenienses, y que al parecer busca vender a sus propias hijas, no esconde la posibilidad de vender a su esposa o a su propia madre. Ante el hambre, éstas prefieren ser vendidas para comer como verdaderos cerdos. Las mujeres no eran consideradas como ciudadanas en el mundo clásico griego, pero tampoco eran no-libres, o esclavas, menos si estaban emparentadas con un ciudadano.

En síntesis, podemos volver a la exhortación coral de *Las Ranas*. El esclavo que “ahora es señor”, representado también por Jantias, implicó un llamado de atención a los ciudadanos atenienses acerca del propio cultivo de su libertad y del lugar que ocupaban los esclavos en la estructura social ateniense. Es improbable que la concesión de la libertad y la ciudadanía a un número indeterminado de esclavos significase la ruptura de la sociedad “clásica”, donde la aparición de una población dotada de derechos políticos es su distinción máxima, o la mismísima abolición de la esclavitud. Sin embargo, la expresión de la comedia clásica, y la especial preocupación de Aristófanes en retratar este problema, nos otorgan

indicios del peligro que significaba la pérdida del sentido de la libertad y la ciudadanía para la sociedad democrática ateniense del siglo V a.C. Las relaciones entre los esclavos y sus amos, en toda su complejidad y ambigüedad, representan el conflicto de la libertad, y la cancelación de la misma. "(...) Corrían paralelos, en suma, el miedo y la confianza; se trataba de una alianza personal que, aunque desigual, se basaba en la proximidad y el interés mutuo"[40]. ¿Existe en el mundo actual una relación social que implique elementos similares, o que guarden relación con la ideología de la libertad? ¿Cuál es el modelo social que conduce a los ciudadanos a "cultivar sus derechos políticos"? ¿Hay una oposición fundamental de estas características en nuestro tiempo? Como sea, la valoración de la libertad y el trabajo que conllevaba poseer derechos políticos, lo inédito de la sociedad clásica, no se logró solamente luchando contra un invasor extranjero, sino también en la oposición ideológica y material que se vivía en la sociedad ateniense, hasta en los hogares más humildes: la presencia de los esclavos, y su lugar en la sociedad. Aristófanes lo sabía bien, y como el mejor y más agudo crítico de su contexto histórico situó esta realidad en la mayor parte de sus comedias. Los esclavos de Aristófanes encierran esta contradicción y nos revelan las características de este conflicto latente en la sociedad ateniense contemporánea a la Guerra del Peloponeso.

\*\*\*

\* Lucas Fernández Arancibia es Estudiante de Licenciatura en Educación con Mención en Historia, Geografía y Educación Cívica de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.



- [1] Aristófanes, *Las Ranas*, 692-693
- [2] *Los Acarnienses*, 1174-1175
- [3] *Las Nubes*, 127-132
- [4] *La Paz*, 20-24
- [5] Ciccotti propone el trabajo “mercenario” por sobre el esclavo en las actividades que podrían significar más rentas para el propietario (recolección de aceitunas, vendimia y la siega). Sin embargo, al parecer olvidó explicar por qué el número de esclavos tendría que ser menor en los campos, y, por lo tanto, su labor menos significativa en lo cuantitativo, frente al trabajo “libre”. E. Ciccotti, *La esclavitud en Grecia, Roma y el mundo cristiano*, Reditar, Barcelona, 2006, p. 75
- [6] Claude Mossé, “El hombre y la economía”, en J.P. Vernant, *El hombre griego*, Alianza, Madrid, 1993, p. 38
- [7] *Ibíd*, p. 40
- [8] *Las Nubes*, 1-24
- [9] *La Paz*, 873-874
- [10] *Lisístrata*, 16-19
- [11] James Davidson, “La vida privada”, en Robin Osborne, *La Grecia Clásica. 500-323 a.C.*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 177
- [12] *Ibíd.*, p. 178
- [13] Un caso digno de revisar, para dar cuenta de la verdadera censura a la que han sido sometidos los textos originales: Aristófanes, *Obras completas*, El Ateneo, Bs Aires, Traducción de Federico Barráibar y Zumárraga, 1958. El caso típico, es que los episodios más “picarescos” y subidos de tono sean presentados en latín o en griego, o que, en un caso extremo, sean borrados completamente.
- [14] *Las Avispas*, 211-214
- [15] Davidson, *op. cit.*, p 178

[16] *Las Nubes*, 1-3

[17] *Ibíd.*, 56-57

[18] *Las Avispas*, 448-450

[19] *Ibíd.*, 1292-1297

[20] M. I. Finley, *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Crítica, Barcelona, 1982, p. 120

[21] *Ibíd.*, p. 122

[22] *Ibíd.*, p. 127

[23] *Las Ranas*, 91

[24] *Ibíd.*, 97

[25] *Ibíd.*, 510

[26] *Ibíd.*, 515

[27] *Ibíd.*, 540-548

[28] *Ibíd.*, 580-584

[29] *Ibíd.*, 618-622

[30] Davidson, *op. cit.*, p. 179

[31] Los números siempre son problemáticos, como lo demuestran las continuas polémicas entre los historiadores que confían en los números de los autores antiguos, sobreestimándolos, o los que los disminuyen a su mínima expresión. Sobre esto, da valiosas lecciones metodológicas M.I. Finley, *La economía de la antigüedad*, FCE, México, 1983

[32] Ciccotti, *op. cit.*, pp. 64-82

[33] Cfr. con la reciente obra: Keith Bradley y Paul Cartledge ed, *The Cambridge World History of Slavery*, Cambridge University Press, New York, 2011

[34] Cfr. el primer capítulo de M.I. Finley, *Esclavitud antigua e ideología...*, *op. cit.*, pp. 11-83

[35] Véase M.I. Finley, *op. cit.*

[36] *Tesmoforiusas*, 1034-1047

[37] Así también lo afirman Bradley y Cartledge ed, *op. cit.*, p. 24

[38] Bradley y Cartledge ed, *op. cit.*, p. 39. El texto original está en inglés, la traducción es propia.

[39] Si se aparentaba lo contrario, es decir, parecer un esclavo, la condición de la libertad se hallaba en entredicho. Davidson, *op. cit.*, p. 179

[40] *Ibíd.*, p. 178

**Nota:** Las comedias fueron revisadas en la edición de Aristófanes, *Obras completas*, El Ateneo, Bs Aires, Traducción de Federico Barráibar y Zumárraga, 1958. Para poder citar correctamente, se consultaron los textos en inglés en el sitio web [www.perseus.tufts.edu](http://www.perseus.tufts.edu) donde se pueden encontrar en formato digital.

**Para citar este artículo:**

Fernández Arancibia, Lucas, "Los esclavos de Aristófanes", *Revista Historias del Orbis Terrarum*, Anejos de Estudios Clásicos, Medievales y Renacentistas, ISSN 0718-7246, vol. 2, Santiago, 2011, pp.30-48